

Sociedad Científica Española de Psicología Social

BOLETÍN SCEPS

NÚMERO 39. SEPTIEMBRE – DICIEMBRE 2026



SUMARIO

ENTREVISTAS

- 02. La visión senior: José Manuel Sabucedo**, Universidade de Santiago de Compostela.
- 10. La visión junior: Lucía Estevan Reina**, Universidad de Málaga.

ARTÍCULOS

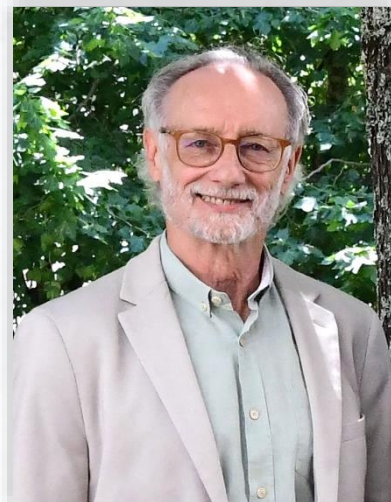
- 19. Actuaciones desde el Colegio Oficial de la Psicología de Madrid en el Fortalecimiento de la Psicología de la Intervención Social.** Silvia Garrigós Tembleque, Colegio Oficial de la Psicología de Madrid.

RECENSIONES

- 24. Psicología ambiental: Teoría e intervención.** Realizada por Francisca Expósito, Universidad de Granada.
- 27. Liderazgo de base segura y gestión de equipos.** Realizada por Ana Laguía, Universidad Nacional de Educación a Distancia.

LA VISIÓN SENIOR: JOSÉ MANUEL SABUCEDO

Has dedicado más de medio siglo al estudio de la psicología, a lo largo de tu carrera has apostado por el trabajo en equipo y la búsqueda de metas colectivas. Esta forma de estar en el mundo, incluso sin siquiera proponértelo, ha tenido repercusiones más allá de la Universidad de Santiago de Compostela. Así que para mí es un honor poderte hacer unas preguntas que nos permitan indagar sobre esa historia no escrita, sin más preámbulo te hago la primera.



Iniciaste tus estudios de psicología a mediados de los años setenta, cuando la disciplina todavía no había alcanzado el reconocimiento institucional y profesional que tiene hoy. ¿Cómo llegaste a interesarte por ella?

Como en tantas otras cosas que ocurren en la vida, el azar jugó un papel muy importante. En mis recuerdos de cuando tenía quince o dieciséis años no hay nada que indique que lo que quería hacer en el futuro estuviese relacionado con alguna disciplina universitaria. En mi entorno familiar y personal más próximo no había ningún referente que hubiese pasado por la universidad y el bachillerato de aquella época, al menos como yo lo viví, me resultaba tremendamente aburrido.

Lo cierto es que mi perspectiva temporal estaba centrada en el presente, en las relaciones y emociones propias de esa edad y en el deporte. Y fue precisamente en este ámbito donde intervino el azar, ese factor que, en las obras de Paul Auster y Javier Marías, altera la trayectoria vital de sus personajes. En mi caso, el “imprevisto” se encarnó en la figura del entrenador que el club de atletismo al que pertenecía, el Celta, había contratado para dirigir a un grupo de cuatro atletas del que yo formaba parte.

Era un tipo de unos treinta años que había estudiado Medicina en la Universidad de Santiago de Compostela (USC). Siempre se presentaba en Balaídos con la revista *Triunfo* debajo del brazo, algo que en aquellos años equivalía casi a identificarse como opositor al régimen. Balaídos contaba entonces con una

magnífica pista de atletismo y era, además, el estadio del Celta, uno de los mejores equipos de fútbol del mundo, al menos según mi criterio, quizá algo sesgado, aunque no lo creo. Después de los entrenamientos nos invitaba a tomar algo en una cafetería cercana. Cambio de escenario, cambio de discurso: las cuestiones deportivas dejaban paso a sus opiniones políticas, a sus experiencias universitarias y a alguna recomendación bibliográfica sobre filosofía, política o psicología. Una de las que más disfruté fue *Psicopatología de la vida cotidiana*, de Freud.

De este modo, algo que hasta entonces ni siquiera contemplábamos, la posibilidad de cursar estudios universitarios, se convirtió para algunos de nosotros en una posible alternativa de futuro. Estudiar psicología era una opción, pero no se ofrecía en la USC y desplazarse a otra región resultaba inviable por los costes de todo tipo que suponía. Por razones que no vienen ahora al caso, decidí matricularme en Biología. Pero pronto fui consciente de que la imagen que me había creado de esa titulación no se correspondía del todo con la realidad. Y, una vez más, apareció el azar: la USC aprobó poner en marcha para el curso siguiente la titulación de Filosofía y Ciencias de la Educación, en la que se ofrecía un itinerario curricular de Psicología. Con algunas dudas, pero con el apoyo incondicional que siempre me dieron mis padres, en el curso 1974-1975 me senté por primera vez en las aulas de mi nueva facultad.

Por lo que cuentas, y conociendo tu trayectoria posterior, está claro que aquellas dudas iniciales se superaron pronto. Seguiste vinculado a la Universidad y tuviste, además, un papel destacado en el proceso que culminó con la creación de la Facultad de Psicología, de la que fuiste el primer decano. ¿Cómo recuerdas aquella experiencia?

Fue un proceso largo y, en algunos momentos, bastante complicado. La integración de disciplinas con trayectorias científicas y profesionales muy diferentes dentro de una misma estructura administrativa generaba dificultades, especialmente cuando no existía un compromiso suficiente con el desarrollo equilibrado de todas ellas. En el caso de Psicología, reclamábamos una mayor autonomía y un plan de estudios más próximo a lo que ya se estaba haciendo en otros países y comenzaba a implantarse en algunas universidades españolas. Esa situación provocó primero quejas y demandas ante el decanato y, después, una larga serie de movilizaciones del profesorado y del estudiantado de Psicología, incluidos varios encierros de este último. Vistas ahora con cierta distancia, aquellas

movilizaciones reunían varios de los elementos que Moscovici consideraba necesarios para que las minorías pudiesen ejercer influencia: consistencia, visibilidad y disposición a asumir costes. Fueron años intensos, en los que quienes iniciábamos nuestra carrera académica tuvimos que compatibilizar una elevada carga docente y la realización de nuestras tesis con aquella actividad reivindicativa.

Con el tiempo logramos un amplio grado de autonomía para la Sección de Psicología, pero el objetivo seguía siendo la creación de una facultad propia. Para conseguirlo fue fundamental que la USC y la Xunta reconociesen progresivamente la identidad científica y profesional de la psicología. También resultaron claves la colaboración con el Colegio Oficial de Psicología y la búsqueda de apoyos y complicidades dentro y fuera de la Universidad. Un momento especialmente importante se produjo en 1990, cuando organizamos en Santiago la primera conferencia de decanos, decanas y responsables de los estudios de Psicología de las universidades españolas. Contamos para ello con la colaboración decidida de Amalio Blanco, que en aquel momento era decano de la Facultad de Psicología de la Universidad Autónoma de Madrid. Aquella reunión ayudó a situar nuevamente nuestra demanda en la agenda institucional de la USC y de la Xunta y, finalmente, en 1991 se creó la Facultad de Psicología.

Fue un logro colectivo, fruto del trabajo y la determinación de muchas personas. Para mí fue también una experiencia muy importante, tanto por lo que significó para la consolidación de la psicología en la USC como por lo que aprendí sobre el valor del trabajo compartido y la necesidad de mantener un compromiso sostenido con los objetivos que se consideran justos.

Tu respuesta me lleva a un aspecto de tu trayectoria académica que yo destacaría y que me sorprendió desde que empecé a trabajar contigo: tu capacidad para compatibilizar las tareas organizativas y de gestión con la actividad docente e investigadora.

Bueno, eso, junto con las tareas de transferencia, forma parte de las funciones del PDI. Pero sí, es cierto que me motiva, o me motivaba (posiblemente ya sea más realista hablar en pasado que en presente), contribuir a crear espacios y dinámicas que generen sinergias y favorezcan el desarrollo personal y colectivo. Me atrae por lo que supone en sí mismo, pero también porque exige necesariamente trabajar en equipo. Esa colaboración, un rasgo esencial en la evolución humana, es para mí un auténtico “chute de endorfinas”. Así ocurrió en el proceso de creación de la

facultad. La colaboración del conjunto del profesorado y la capacidad de trabajo de todas y cada una de las personas que formaron conmigo los equipos decanales fueron dos de los elementos más importantes de aquel camino. Y lo mismo puedo decir de la constitución de la SCEPS. Sinceramente, y no lo digo solo porque sean personas muy queridas para mí, sin el talento y el talante de Armando, Esther, Nekane, Marisa, Pablo, Viky y Álvaro, aquella iniciativa no habría valido la pena ni habría llegado a buen puerto. La docencia y la investigación son otros dos ámbitos que hacen de nuestro trabajo un auténtico privilegio. Es muy gratificante observar la atención del estudiantado (claro, del que asiste a clase y tiene interés) cuando le ofreces alguna herramienta conceptual o analítica que le permite sustituir sus intuiciones o prejuicios sobre el comportamiento o la dinámica social por un conocimiento basado en la evidencia. Lo mismo ocurre con la investigación, que satisface nuestra necesidad epistémica al ofrecernos algunas respuestas que, a su vez, abren nuevas preguntas.

En relación con la investigación, aunque has trabajado en varios ámbitos, se te asocia fundamentalmente con la psicología política. Esta no es precisamente un área *mainstream* de la psicología social. ¿Qué te llevó a trabajar en ella y qué estudios o actividades destacarías?

Como la mayoría de las personas de mi generación, viví con bastante intensidad emocional el final de la dictadura, el inicio de la transición y la llegada de la democracia, la eclosión de la participación ciudadana en la vida política y el terrorismo. Todos estos temas son cruciales, pues afectan de lleno a la convivencia ciudadana y, por extensión, a nuestro bienestar. Por eso, tanto a comienzos de los años ochenta del siglo pasado como ahora, incluso con más motivo, me parecía y me sigue pareciendo obligado identificar los procesos psicosociales que facilitan la aparición de esos fenómenos políticos.

Lamentablemente, vivimos una época en la que algunas dinámicas políticas que creíamos enterradas vuelven a acercarnos a un tribalismo destructivo. Mi tesis doctoral, presentada en 1982 ante un tribunal presidido por el profesor Pinillos, trataba sobre el autoritarismo y sus tipos. En aquel momento no podía imaginar que, más de cuarenta años después, el tema volvería a estar de actualidad en términos no muy diferentes de los de entonces. Da la impresión de que cayó en el olvido la advertencia sobre los autoritarismos que Adorno formuló al regresar a su cátedra de Fráncfort, después de su exilio forzoso en Estados Unidos. Hoy vivimos

en una sociedad en la que algunos de los principios más significativos de la democracia liberal están siendo cuestionados. La búsqueda de la hegemonía de las convicciones morales de "nuestra" tribu prima sobre la garantía de la pluralidad y la convivencia democrática. La polarización afectiva va en aumento. No importa qué se diga, sino quién lo diga. Esto se traduce en un alarmante incremento del apoyo a comportamientos antidemocráticos en distintos sectores ideológicos, aunque no necesariamente con la misma intensidad ni mediante las mismas expresiones.

Sin duda, las redes sociales contribuyen a esta situación. Un estudio reciente, en el que se utilizaron algoritmos digitales para analizar el contenido de la red social X, mostró una relación causal entre el aumento de la exposición a mensajes políticos hostiles y la polarización afectiva. Esto significa que las redes sociales no son neutras: sus algoritmos y sistemas de incentivos pueden amplificar los contenidos más emocionales, hostiles y polarizadores. Pero conviene tener muy presente que las redes sociales no generan por sí solas estas dinámicas. Por ello, la responsabilidad última corresponde a los actores políticos y mediáticos que se sirven de ellas. A esos actores los encontramos en los gobiernos, en la oposición, en los parlamentos y en los medios de comunicación que se alejan de los principios de la democracia deliberativa y optan por el enfrentamiento y la negación del adversario, convertido ya en enemigo. En mi opinión, el imperativo moral de la psicología social y política no debería ser alinearse sectariamente con alguno de los bandos en liza, sino analizar críticamente y denunciar las dinámicas que amenazan el pluralismo, los derechos humanos y la convivencia democrática, y utilizar el conocimiento acumulado por la disciplina para contribuir a que estos principios formen parte del sentido común de la ciudadanía.

Pues bien, una parte importante de nuestros trabajos se ha centrado en esas cuestiones: analizar los factores que favorecen una mayor participación política democrática, prestando especial atención a la interacción entre las emociones positivas y negativas y mostrando la relevancia de la dimensión axiológica de la participación, a través de la obligación moral; identificar los agravios grupales y las condiciones de vida que pueden llevar a recurrir a acciones antidemocráticas o violentas, ámbito en el que hemos incorporado a los modelos existentes dos propuestas: el no reconocimiento colectivo y el monopolio de la verdad; y examinar las narrativas y los enmarcamientos que tratan de legitimar los distintos terrorismos. En este último caso, hemos destacado la falsa empatía con las víctimas, utilizada para proyectar una imagen pública favorable, y la valoración asimétrica del

sufrimiento, dos factores que se añaden a los señalados tradicionalmente por la literatura sobre este tema.

Has mencionado varias veces la importancia que para ti tiene el trabajo en equipo. Mirando hacia atrás, ¿qué personas han sido especialmente importantes en tu trayectoria académica?

Me alegra que me hagas esta pregunta porque, realmente, a lo largo de mi vida académica siempre me he sentido muy bien acompañado. Han sido muchos años de actividad y son, por tanto, muchas las personas con las que me siento en deuda. No disponemos de espacio suficiente para mencionarlas a todas, pero quisiera que los nombres que cite representasen también mi recuerdo y mi agradecimiento hacia todas ellas. Quiero empezar por Bert Klandermans, fallecido recientemente, con quien durante más de veinticinco años compartí proyectos y redes europeas de investigación sobre acción colectiva y protesta política. Con Michael Billig mantuve largas y magníficas conversaciones, y escribí algún capítulo de libro sobre el autoritarismo y los métodos de análisis del comportamiento social. Con Amalio Blanco compartí páginas tratando de desentrañar el rostro del mal y el de sus cómplices. Paco Morales, cuando él ya era catedrático y yo un joven doctor, se interesó por mis primeros trabajos en psicología política y fue quien me animó a presentar la candidatura de Santiago para celebrar, en 1993, el XVII Congreso de la ISPP. También quiero recordar a George Marcus, una de las personas que impulsaron la creación de la ISPP. Su apoyo personal y académico favoreció, sin duda, que fuese elegido, en dos periodos distintos, miembro del consejo de gobierno de esa sociedad. Y, dentro de este grupo de referentes, quienes habéis trabajado conmigo durante estos últimos años merecéis una mención muy especial. Tú, Cristina, Marcos, Sergio, las dos Andreas, Tamara y Laura sois, por vuestro buen hacer académico, vuestra capacidad de trabajo y vuestra generosidad, una parte fundamental de la vida académica de este ya viejo profesor. Así de claro y así quiero hacerlo constar. Y, por supuesto, mi reconocimiento se extiende también a todas y todos los que formáis parte de la SCEPS.

Hay una pregunta casi obligada en esta sección de entrevistas a los *seniors*: ¿cómo ves el estado actual de la psicología social?

Sin lugar a dudas, se han producido avances muy significativos en la internacionalización de la disciplina y en la diversificación cultural y geográfica de la investigación. Esto es fundamental para evitar que visiones locales sobre el

comportamiento humano se presenten como paradigmas universales, como en su momento denunciaron autores como Sherif o Martín-Baró. También hay que destacar el notable desarrollo de los diseños de investigación, los análisis de datos y las normas y protocolos orientados a garantizar una buena praxis investigadora.

Junto a estos avances, persisten algunos retos que vienen del pasado, pero que, en ciertos casos, se han agudizado. Uno de ellos se refiere al ámbito de las publicaciones, en el que hay, al menos, dos cuestiones que considerar. Por un lado, está la presión por publicar, mil veces denunciada, pero nunca resuelta porque el sistema de promoción académica la propicia. La publicación es, naturalmente, una parte esencial de nuestra actividad, pero el problema aparece cuando deja de ser un medio para comunicar conocimiento y se convierte en un fin en sí mismo. En ese caso, existe el peligro de que una parte de la investigación se realice más para alimentar las revistas y engordar los currículos que para responder a preguntas relevantes y generar verdadero conocimiento. Esa situación ha favorecido, además, la proliferación de políticas editoriales y revistas para dar respuesta a la demanda de los consumidores-académicos de revistas en las que publicar con rapidez. Eso sí, a costa de pagar cantidades escandalosamente altas, que en la mayoría de los casos triplican o cuadriplican el SMI. Dejémoslo aquí, porque esta cuestión requeriría un análisis más detenido para el que no tenemos espacio.

Señalo ahora una segunda cuestión, para no alargar mucho esta charla. Me refiero a la escasa presencia del discurso psicosocial en el debate público. Muchos de los problemas que afectan hoy a nuestras sociedades, como la desigualdad económica, la polarización, la discriminación, la desinformación, la intolerancia o la violencia, están atravesados por procesos marcadamente psicosociales. Sin embargo, nuestra disciplina no siempre ha sabido, o no siempre ha podido, trasladar ese conocimiento a la ciudadanía. Soy consciente que tanto desde la SCEPS como desde otras instituciones y organizaciones de la psicología se está intentando revertir esa situación. A todas ellas les pediría que no cejen en ese empeño, no solo para mostrar lo que nuestra disciplina puede aportar a la sociedad, sino también porque la difusión de ese conocimiento puede contribuir a formar una ciudadanía más informada, libre y autónoma.

Y ya, por último, ¿cómo ves a las nuevas generaciones de profesoras y profesores de psicología social?

Me estás haciendo esta entrevista unos días antes de la final del Mundial de

Fútbol de 2026, que disputará España. Lo primero que me viene a la cabeza es que, al igual que la selección, hace tiempo que la psicología social española perdió el complejo a la hora de compararse con otros países. Tenemos un capital humano excelente. Y disponemos de recursos que, aunque no son todos los necesarios, son muchos más de los que teníamos hace unas décadas. Eso permite que nuestros jóvenes se formen con algunos de los mejores equipos del mundo, varios de los cuales, sin chovinismo alguno, se encuentran en este país.

Confío plenamente en las nuevas generaciones de colegas. Sin duda, harán una psicología social aún mejor. Pero, como nos ocurrió a quienes ya estamos de salida, tendrán que enfrentarse a los desafíos propios de su época y a otros que heredarán, como comenté en la respuesta anterior. Este es su momento. El nuestro fue acompañarlas hasta aquí lo mejor que supimos y pudimos. Ahora toca desearles: ¡buen camino y salud!

Muchísimas gracias, José Manuel, por esta entrevista y por tu extensa labor en pro de la SCEPS.

Entrevista realizada por Mónica Alzate
Universidad de Santiago de Compostela

LA VISIÓN JUNIOR: LUCÍA ESTEVAN REINA

Muchas gracias, Lucía, por aceptar esta entrevista. Antes de arrancar con las preguntas, me gustaría hacer una breve presentación para quienes no te conozcan todavía. Actualmente, eres profesora Ayudante Doctora en la Universidad de Málaga. Tu trayectoria investigadora, que arrancó en la Universidad de Granada, ha girado en torno al estudio de las alianzas intergrupales y el cambio social: cómo y por qué los hombres se implican (o no) en la lucha contra el sexismo, qué distingue una alianza igualitaria de una paternalista, y qué efectos tiene todo ello en el empoderamiento y el bienestar de las mujeres.



Más recientemente, tu mirada se ha ampliado hacia la solidaridad intraminoritaria y la interseccionalidad. Ahora sí, con este recorrido de fondo, vamos con las preguntas. Tu tesis doctoral se centró en el papel de los hombres como aliados contra el sexismo. ¿Qué te llevó a poner el foco precisamente ahí, en los grupos aventajados, en lugar de centrarse en las propias mujeres?

Cuando empecé mi tesis (2015) estaba bastante activa en el movimiento feminista granaíno. En todos los espacios políticos las discusiones y los conflictos son frecuentes. El movimiento feminista suponía un espacio seguro para muchas mujeres que veníamos quemadas de las lógicas de los espacios mixtos (también del paternalismo). La sorpresa, fue que en los espacios feministas de coordinación entre diferentes grupos... las lógicas no siempre eran tan diferentes. Lo que nos sirvió para constatar que las asimetrías de poder estaban en todas partes, y en ese contexto las recién llegadas (más jóvenes, más “radicales”...) éramos las que estábamos más abajo. A pesar de eso, decidimos quedarnos. Apostar por las alianzas (aunque no fueran ni mucho menos fáciles de construir ni de sostener) y la unidad, en vez de refugiarnos, una vez más en los márgenes. Dentro de ese proceso de navegar conflictos y tejer alianzas coincidimos con la Red de Hombres por la Igualdad de Granada (todavía recuerdo como en la preparación de la Huelga

Feminista de 2018 se votó en asamblea que “ellos no podían tener voto”, “que su labor en la huelga era hacernos la comida” y “que hacer pedagogía con los hombres no era nuestro objetivo”...). Pero poco después, también coincidimos con mujeres migrantes y racializadas autoorganizadas, que se encargaron de recordarnos que como feministas blancas ejercíamos dinámicas de poder, consciente o inconscientemente, sobre otras mujeres. Esas experiencias me ayudaron mucho a entender que las alianzas no son estáticas ni pueden entenderse analizándolas solo desde una perspectiva. Por eso en mi tesis analizamos los procesos motivacionales que llevan a los hombres a implicarse en la lucha contra la desigualdad de género (perspectiva del grupo aventajado), pero también qué impacto tiene esto en las mujeres y cómo perciben las mujeres a estos supuestos aliados (perspectiva del grupo desaventajado). Como mujer, española, blanca, profundamente implicada en el movimiento feminista en ese momento, pensé que desde ahí era desde donde más podía aportar yo al estudio de las alianzas intergrupales.

Uno de los ejes de tu trabajo es distinguir entre una confrontación del sexismo "igualitaria" y otra "paternalista". ¿Cómo distingues, en la práctica, cuándo un hombre está siendo un aliado "igualitario" y cuándo, sin darse cuenta, está actuando desde el paternalismo? ¿Podrías darnos algún ejemplo o alguna señal de alerta que ayude a reconocerlo?

Es una muy buena pregunta... y como podrás imaginarte, no tengo una respuesta fácil. La realidad social rara vez es blanca o negra, aunque la investigación cuantitativa nos obligue a simplificarla. Hay formas de confrontar el sexismo que, aun siendo bienintencionadas, no nos hacen sentir bien y otras en cambio nos hacen sentir que vivimos en un mundo un poco más justo y nos animan a seguir luchando por una sociedad más igualitaria. Algo parecido les pasa a las personas migrantes y racializadas cuando ven una persona española blanca confrontar el racismo. No todo vale. No cualquier confrontación puede considerarse antirracista, ni nos coloca en el mismo lugar. Hay confrontación del prejuicio que sigue reforzando el status quo y otra que puede cuestionarlo. Después de estos años investigando el tema, diría que la diferencia está, sobre todo, en dos aspectos: que la motivación sea genuina (nadie quiere sentirse instrumentalizadx, y aquí es clave la motivación que atribuimos a quien confronta) y que la interacción nos sitúe en un plano de igualdad, en lugar de seguir reproduciendo simetrías de poder... Pero claro, cómo interpretamos la realidad no sólo depende de lo que haga la persona que confronta, si no que depende en gran medida de los valores, ideologías,

experiencias previas, conciencia de la persona que percibe. Y también de las desigualdades estructurales que existen entre los grupos sociales y del contexto cultural y temporal en que se enmarcan nuestras investigaciones.

¿Cómo perciben las mujeres a esos hombres que se posicionan como aliados? ¿Hay algún resultado de tus estudios que te sorprendiera especialmente sobre cómo se vive, desde el lado del grupo desaventajado, recibir ese apoyo?

Lo que encontramos es que las mujeres perciben más como aliados a quienes confrontan de manera igualitaria que a quienes confrontan de manera paternalista, y esto explica a su vez que expresen mayor deseo de proximidad social hacia ellos y que estén más dispuestas a considerarlos como compañeros en la lucha feminista. Hay un par de resultados que creo pasan bastante desapercibidos en nuestros trabajos (porque el foco de los artículos es otro) pero que yo considero bastante interesantes. Encontramos que las mujeres perciben de manera más positiva a los hombres que confrontan (aunque sea de manera paternalista) que a los que no confrontan. ¡Así que no saber cómo hacerlo, no puede ser una excusa donde refugiarse para no actuar!

Otro resultado interesante es que cuando las mujeres vieron a la chica que sufría el sexismo confrontar por sí misma se sintieron igual o más empoderadas que cuando confronta un hombre de manera igualitaria. Para mí, este resultado es importante, porque no me gustaría que alguien saque la conclusión apresurada de que tengan que ser siempre los hombres quienes tienen la obligación de confrontar el sexismo y las mujeres ser agentes pasivos que lo sufren, si así fuera estaríamos reforzando una vez más los roles de género tradicionales, nada más lejos de mi intención. Volviendo de nuevo a la anterior pregunta, una clave sobre cómo responder a estas situaciones, puede ser considerar si hay otras personas cerca capaces de confrontar el prejuicio mejor de lo que tú lo harías. Pero si no es el caso, como sucede en los grupos de hombres; o en las comidas familiares donde alguien comenta que últimamente hay demasiados inmigrantes, o demasiadas denuncias falsas... entonces, hay que asumir la responsabilidad de dar un paso adelante para evitar que se normalicen ciertas opiniones.

Más allá del género, también investigas la solidaridad intraminoritaria: alianzas entre mujeres feministas y personas LGTBQ+, o entre personas migrantes y racializadas. ¿Qué aporta una mirada interseccional que un análisis centrado en un único eje de desigualdad no puede captar?

La interseccionalidad es un recordatorio de que la realidad social es más rica, diversa y compleja de lo que podemos abarcar con la ciencia que hacemos. Precisamente por eso soy bastante crítica con el uso que hacemos del término interseccional en psicología social y cada vez lo utilizo menos para describir mis propias investigaciones. Creo que muchas investigaciones que se definen como interseccionales desde enfoques cuantitativos no lo son. No digo que no pueda hacerse, pero es complejo, especialmente dados los recursos de investigación con los que a menudo contamos, la dificultad de conseguir muestras de poblaciones específicas, tanto por el difícil acceso a la mismas, como por la ausencia de una reflexión ética que debería ser central desde una mirada interseccional (¿tenemos el conocimiento situado que se requiere para hacer esa investigación?, ¿estamos siendo respetuosas con el proceso de investigación y con la población con la que trabajamos o estamos haciendo mero extractivismo académico?, ¿cómo se sienten las personas que participan en nuestras investigaciones y qué les devolvemos a cambio de su tiempo y su confianza?...). Me molesta profundamente que se instrumentalice el concepto y se utilice como adjetivo para conseguir más puntuación en proyectos o más proyección en las publicaciones... Y aun así creo que la interseccionalidad es un horizonte que nos marca el camino al que deberíamos dirigirnos, porque sin esa mirada podemos llegar a conclusiones que representan sólo a un porcentaje de la sociedad o incluso cometer errores en nuestras interpretaciones que pueden perjudicar precisamente a los grupos que pretendemos comprender.

Vivimos un momento de auge de discursos antifeministas y de retroceso en derechos en distintos países europeos. Desde tu investigación sobre alianzas y confrontación del sexismo, ¿qué lecciones crees que se pueden extraer para entender, o incluso revertir, esta polarización?

Creo que el auge de discursos reaccionarios, de extrema derecha, antifeministas, antinmigración, belicistas responde fundamentalmente a lógicas geopolíticas y económicas globales (impulsadas por un puñado de tecnofaraones que concentran más del 50% de la riqueza mundial y dominan buena parte de la opinión pública) que escapan en gran medida a nuestro control; y a una desensibilización causada, entre otras cosas, por haber sido testigos del genocidio palestino retransmitido en directo. Pero eso no impide que podamos reflexionar sobre algunas cosas que en lo micro se podría haber hecho mejor. Es cierto que en los últimos años se han conseguido importantes avances sociales en materia de

igualdad, pero también lo es que la mayoría de esos avances se han quedado en el terreno de lo simbólico (no tanto en lo material). Y que, en ocasiones, han faltado pedagogía y referentes. Algunos hombres se han sentido amenazados y la extrema derecha ha sabido canalizar ese malestar presentándolos como víctimas del feminismo, tal y como observamos en el fenómeno de la manosfera. Aunque es lógico que el movimiento feminista se centrara fundamentalmente en las mujeres (violencias sexuales, consentimiento, cuidados...) y en muchos casos en sus alianzas con las disidencias sexuales y de género, ha hecho que muchos hombres cis-heterosexuales no se hayan sentido interpelados, si no abiertamente excluidos. Insistir en que los hombres también deberían ser feministas, y poner el foco en el impacto positivo que puede tener eso para su salud y bienestar, sigue siendo una tarea pendiente.

¿Cómo ha cambiado tu propia mirada sobre el feminismo y las relaciones intergrupales a medida que has ido investigando sobre ello? ¿Hay alguna idea que tenías al principio de tu carrera y que hoy matizarías o incluso rechazarías?

Mi mirada sobre el feminismo ha ido ampliándose hacia ese horizonte interseccional del que hablábamos antes. Hoy por hoy, decir que las mujeres están en una posición de desventaja con respecto a los hombres, así en general, sin matices, me incomoda. Depende de qué mujeres y depende de qué hombres. Las desigualdades de género siguen siendo una realidad globalmente (aunque en unos contextos más que en otros), pero no creo que yo esté en una posición desaventajada si me comparo con un hombre magrebí, hijo de padres analfabetos, en situación administrativa irregular....

Sí, hay muchas cosas que matizaría... fundamentalmente dos. Primero, no sería tan arrogante al plantear que los hombres tienen que cuestionar sus privilegios. Creo que a veces este discurso se nos ha ido de las manos. Y claro que pienso que la sociedad iría mejor si todxs reflexionáramos un poco más sobre nuestros privilegios y el impacto que tienen sobre quienes están más abajo. Pero es importante saber a quién pedimos qué. Si nos dirigimos a gente que tiene un determinado nivel de conciencia (esos compañeros de espacios políticos que son “muy feministas”, pero siguen reproduciendo actitudes sexistas, si no directamente viéndose implicados en casos de acoso sexual...) ahí sí creo que tenemos que exigir ese cuestionamiento de privilegios. Pero si vamos a un instituto a hacer sensibilización sobre igualdad de género y empezamos hablándoles a los chavales de privilegios... puede resultar contraproducente.

Por otro lado, me gustaría matizar mi posición sobre el paternalismo. Sabemos que es una espada de doble filo y que contribuye a justificar las desigualdades y perpetuar el estatus quo... porque el guante de terciopelo puede ser más eficaz que la mano de hierro para ejercer dominancia sobre alguien. Sin embargo, en contextos de abierta hostilidad, el paternalismo puede ser un primer paso. Entendiendo sus riegos y sus límites. Y siendo consciente de que en ningún momento es el fin, sino un medio que permita elevar los niveles de conciencia y evitar ciertas resistencias iniciales. Me preocupa que rechazar el paternalismo de manera absoluta desde contextos relativamente igualitarios nos lleve a proyectar nuestros propios privilegios sobre otras realidades y nos impida ver que en escenarios más hostiles puede llegar a salvar algunas vidas.

Tu carrera te ha llevado de Granada a Almería, con estancias en Osnabrück y en Cracovia, y ahora a la Universidad de Málaga. ¿Qué ha significado para ti, personal e intelectualmente, esta movilidad constante tan propia de la carrera postdoctoral?

Más costes que beneficios. Estoy cansada. Muy cansada. Después de estos años de aquí para allá estoy más convencida que nunca de que no hay que romantizar la internacionalización ni forzar a la gente a ella. Es una exigencia más del capitalismo cognitivo: interesa a las universidades y a sus rankings, pero tiene poco en cuenta a las personas y sus necesidades. La movilidad tiene un coste social, personal, y familiar alto. Y no siempre se recogen los frutos o tardan mucho en llegar. Formo parte de una generación a la que nos contaron que si nos íbamos al extranjero luego no tendríamos problema para regresar con buenas condiciones. No es así. La academia es cada vez más competitiva. Irte fuera unos años no te garantiza una plaza cerca de tu familia, tu pareja o tus amigxs... ni tampoco poder comprarte una casa. En mi caso, el periodo postdoctoral fue bastante más duro que el predoctoral. O quizá es que tuve la gran suerte de tener financiación durante el doctorado, hacer la tesis que quería hacer como la quería hacer, con unos directorxs que me apoyaron en todas mis decisiones y respetaron mis ritmos. Después pasé a trabajar en proyectos alejados de mi línea de investigación, que me exigieron actualizarme en la literatura a contrarreloj, con una presión constante por producir resultados y mucha incertidumbre sobre el futuro... Ha sido bastante agotador. O quizá soy yo, que soy una gran defensora de la *slow science*, y eso tiene poca cabida en el mundo en que vivimos.

Por supuesto, con esto no quiero decir que todas las experiencias postdoctorales sean como la mía. Depende mucho del destino, la persona, el equipo y el proyecto. Si alguien tiene la oportunidad de incorporarse a un grupo que conoce y continuar con su línea de investigación, le animaría a hacerlo... Pero si la principal motivación es hacer carrera académica para regresar a España, me lo pensaría mucho. Mi sensación es que hoy por hoy consigue antes una plaza quien termina la tesis y toma el camino de las plazas de Profesorx Sustainutx Interinx (PSI) y de hacer los méritos que puntúan en los baremos de las plazas, que el de las postdocs. Y con esto no quiero decir que las PSIs sean un camino de rosas. Nada más lejos de la realidad. También pasé por ahí a mi vuelta del extranjero, y un año de experiencia fue suficiente para comprobarlo.

Aunque yo tuve mucha suerte, he visto a compañerxs sufrir muchísimo en ese periodo (impartiendo hasta 5 asignaturas en un semestre, incluyendo docencia en másteres, coordinación de asignaturas...). Sí, son cosas que vienen muy bien para tu CV... pero muy mal para tu salud mental. Sin olvidar que esa avalancha de docencia que tienes que preparar de un día para otro (literalmente) tienes que compaginarla con seguir echando plazas en diferentes universidades (con sistemas informáticos y modelos de CV infernales... que cambian en cada convocatoria), procesos de evaluación que fomentan la comparación constante, y que tienen un efecto negativo en tu autoestima. En fin, la etapa postdoctoral, en mi opinión, es una de las más duras y solitarias de la carrera académica. Por eso me gustaría hacer un llamamiento a cuidar a quienes la atraviesan. Si no lo hacemos, no debería sorprendernos tanto que la gente se plantee dejar la academia un par de años después de acabar la tesis...

A pesar de todo, reconozco que la movilidad me ha enseñado mucho, personal e intelectualmente. Me ha ayudado a establecer límites en el trabajo, a reordenar mis prioridades, a cuestionar ciertas dinámicas académicas, y a comprobar que la investigación que hacemos en España a veces no tiene nada que envidiar a la que hacen en otros países (¡aunque tengamos muchos menos recursos"). Además, he tenido la suerte de aprender de investigadorxs como Julia Becker y Oliver Christ, que son dos referentes en mi área (aunque sus universidades no aparezcan en los 100 primeros puestos del ranking de Shanghái), y que más allá de su excelencia científica, me han demostrado una enorme calidad humana, algo que no siempre es habitual en este mundo.

¿Qué realidad de la vida académica descubriste una vez dentro que no imaginabas como estudiante? Y, mirando atrás, ¿qué le dirías a la Lucía que empezaba el doctorado?

¿Honestamente? Descubrí un mundo con demasiada presión y exigencia. Es cierto que buena parte de esa exigencia nos la imponemos nosotrxs mismxs, pero también responde a una cultura académica que normaliza la hiperproductividad. Nos hace mucha falta tener unos ritmos de trabajo saludables y sostenibles, compatibles con la vida fuera de la universidad. Y eso pasa necesariamente por aprender a decir que no (nada es tan urgente, ni tan importante) y por impulsar un cambio de cultura organizacional (no podemos seguir responsabilizando a las personas de un problema que en gran medida es estructural). Si pudiera volver atrás sabiendo todo lo que sé ahora... no sé si haría el doctorado. Pero si lo hiciera, creo que insistiría en ponerle límites al trabajo desde el principio y en recordarme más a menudo que el trabajo intelectual también es trabajo, y que los derechos laborales hay que respetarlos, en honor a quienes lucharon porque hoy podamos disfrutarlos, y seguir defendiéndolos. Probablemente, si volviera a empezar trataría de ser un poco más estratégica en algunas decisiones. Aunque no me convence esa lógica de ir calculando todo lo que tienes que hacer... creo que me habría ido mejor si me hubiera dado cuenta antes de que el sistema académico actual premia esa manera de hacer las cosas.

Para quienes empiezan ahora su carrera investigadora, especialmente en temas de género y desigualdad, que a menudo implican mucha carga emocional y personal: ¿cómo se cuida una misma investigando aquello con lo que también está comprometida vitalmente?

Bueno, yo soy una firme defensora del conocimiento situado. No me parece negativo que elijamos el objetivo de estudio en base a lo que nos interpela, al contrario, me parece una irresponsabilidad hacer investigación de una realidad que no conocemos con la profundidad suficiente. No lo veo un riesgo sino más bien creo que es la forma de hacer una investigación de más calidad que permita dar respuesta a las realidades sociales que nos rodean. Últimamente veo en muchos congresos modelos estadísticamente significativos que no me dicen nada... y creo que responde a que hay gente a la que le importa más que el resultado sea significativo, que socialmente relevante. Lo que si es cierto es que cuando te apasiona un tema, es mucho más difícil ponerle límites, y eso puede convertirse en una trampa. Por eso a quienes empiezan ahora les diría que hagan investigación de

calidad y se impliquen en su docencia, pero que no se olviden de cuidarse. Que no permitan que la universidad ocupe toda su vida. Que mantengan a sus vínculos fuera de la academia (super importantes para devolvernos a tierra), que dediquen tiempo a sus familias, sus aficiones, o a hacer deporte. En definitiva, que no sacrifiquen todo por su futuro profesional, porque a menudo le damos a la universidad mucho más de lo que ella nos devuelve.

Y ya para cerrar, saliéndonos un poco del guion académico: si pudieras empezar de cero, sin ataduras a tu trayectoria actual, ¿enfocarías tu carrera de otra manera? ¿Seguirías investigando, te dedicarías a la intervención directa o explorarías algo completamente distinto?

Sí, creo que enfocaría mi carrera de otra manera. Al terminar el primero de psicología pensé seriamente en cambiarme al grado de trabajo/educación social...porque necesitaba un contacto más directo con la realidad. Por eso siempre pensé dedicarme a la rama de la psicología de la intervención social. En el último momento di un giro de guion y empecé la tesis, y la intervención social pasó a ser mi Plan B. En varias ocasiones he pensado en cambiar de rumbo, pero el tiempo y el esfuerzo invertido en el ámbito académico siempre me han acabado frenando. Pero si pudiera empezar de cero me gustaría tener esa experiencia. Especialmente después de haber estado participando activamente en las Redes de Apoyo al Proceso de Regularización Extraordinaria que se formaron en Granada. Acompañar a personas en situación administrativa irregular, muchas de las cuales no hablan español, a hacer frente a todo el laberinto burocrático con el que había que lidiar para poder realizar la solicitud de regularización ha sido agotador, y constatar una vez más los límites del sistema muy frustrante, pero profundamente satisfactoria también la sensación de estar haciendo algo que puede ayudar a mejorar enormemente la vida de la gente. Ese contacto directo con la realidad y con las personas es, probablemente, lo que más echo de menos de la carrera académica.

Muchísimas gracias por tu tiempo y por la generosidad de tus respuestas, Lucía. ¡Nos vemos pronto en el próximo Congreso de la SCEPS!

Muchísimas gracias por la entrevista, Mariola, y por el cariño que hay en cada una de las preguntas. La verdad es que responderlas ha sido un poco terapéutico. Un abrazo. ¡Nos vemos pronto!

Entrevista realizada por María Dolores Sánchez Hernández

Universidad Nacional de Educación a Distancia

ACTUACIONES DESDE EL COLEGIO OFICIAL DE LA PSICOLOGÍA DE MADRID EN EL FORTALECIMIENTO DE LA PSICOLOGÍA DE LA INTERVENCIÓN SOCIAL

Silvia Garrigós Tembleque

Colegio Oficial de la Psicología de Madrid



La Psicología de la Intervención Social (PISoc) constituye un pilar fundamental en el diseño y ejecución de las políticas públicas, así como en el sistema de bienestar social. A pesar de albergar una notable diversidad de áreas de especialización y concentrar a un volumen significativo de profesionales, el sector afronta complejos desafíos estructurales y competenciales. Entre ellos, destaca la creciente inercia a encuadrar la práctica psicológica casi en exclusiva bajo el paradigma sanitario.

Este sesgo desvirtúa la aportación diferencial de la PISoc y eclipsa el valor de sus intervenciones esenciales y específicas en contextos comunitarios o de vulnerabilidad. Ante este escenario, en el Colegio Oficial de la Psicología de Madrid (COPM) hemos situado la protección de este espacio competencial como un eje prioritario de nuestra agenda estratégica. Para ello, articulamos una línea de acción transversal que coordina la función de asesoramiento técnico experto con la defensa activa de la profesión. De este modo, el Colegio se consolida como un interlocutor de referencia ante las Administraciones públicas y otros agentes clave, facilitando la prevención de conflictos competenciales y neutralizando prácticas que pueden resultar lesivas para el desarrollo de la PISoc.

Silvia Garrigós Tembleque es Vicedecana del Colegio Oficial de la Psicología de Madrid y Vocal en la Junta Directiva de Psicología de la Intervención Social del Consejo General de la Psicología.

Los Colegios Profesionales como órganos de consulta y asistencia técnica

El COPM, en su condición de corporación de derecho público, desempeña funciones de asesoramiento técnico especializado a los organismos públicos en materias propias de su ámbito competencial. Esta labor responde al interés de los órganos de contratación por definir con precisión los requisitos técnicos requeridos en procesos selectivos, provisión de plazas y licitaciones de servicios de intervención social. En concreto, las consultas dirigidas a nuestra institución suelen estar motivadas por la necesidad de aclarar si es preceptivo exigir requisitos sanitarios -Máster en Psicología General Sanitaria (MPGS) o la habilitación para el ejercicio de actividades sanitarias - para el desempeño profesional en centros y dispositivos de naturaleza estrictamente social. Con el propósito de orientar este proceso de toma de decisiones y fortalecer las políticas públicas, desde el COPM hemos elaborado una serie de informes, propuestas y recomendaciones técnicas dirigidos a asegurar la idoneidad de los perfiles y optimizar la calidad de los servicios. Estas actuaciones se rigen por los principios de independencia técnica y atención al interés general y pretenden garantizar que la ciudadanía reciba una atención especializada y acorde a sus necesidades sociales.

Recomendaciones técnicas para la definición de perfiles competenciales en el ámbito de la intervención social

El COPM establece una serie de recomendaciones técnicas aplicables tanto en el marco de procesos selectivos y la provisión de plazas (bases de convocatoria para el ingreso en la función pública), como en el de las licitaciones públicas (pliegos de prescripciones técnicas) de servicios del ámbito de la intervención social. Respecto a los criterios de acceso al empleo, se sostiene con firmeza que la titulación oficial de Grado o Licenciatura en Psicología constituye la única titulación exigible. La acción institucional se centra en garantizar que la contratación sea coherente con la misión de los dispositivos de naturaleza social. Por consiguiente, la titulación de Máster en Psicología General Sanitaria (MPGS) podría ser considerada exclusivamente como un mérito no preferente (en procesos selectivos) o un criterio de adjudicación puntuable (en licitaciones) bajo la potestad discrecional de la Administración, pero en ningún caso debe asimilarse a un requisito habilitante o de admisión, dado que su exigencia carece de fundamento legal, técnico y ético. En los procesos selectivos que contemplan la fase de concurso y en los criterios de adjudicación puntuable en las licitaciones públicas, recomendamos otorgar una

relevancia prioritaria al Máster en Psicología Social y Comunitaria y a la formación específica vinculada directamente con la tipología de situaciones que serán atendidas y con las competencias necesarias para un desempeño experto. Entre las áreas formativas clave se sugieren la intervención con menores y familias, atención a personas mayores vulnerables, conducción y dinámicas de grupos, sistema de protección a la infancia, inclusión social, igualdad de oportunidades y violencia de género, entre otras. Junto a la formación específica, la experiencia previa en el área de intervención concreta representa el factor determinante para consolidar un perfil de excelencia, al constituir el aval de capacitación técnica real. De este modo, los perfiles más idóneos son aquellos que acreditan trayectoria en recursos de la red social, cuyo marco competencial difiere sustancialmente del clínico-sanitario propio del sistema de salud.

Al contextualizar esta valoración en la Comunidad de Madrid, es indispensable considerar el elevado índice de externalización de los servicios sociales, asociado a que un alto porcentaje de profesionales desempeña sus funciones en centros de titularidad pública bajo fórmulas de gestión indirecta. A este respecto, un informe publicado por el COPM sobre la situación de la PISoc en la región madrileña (López-Cabanas et al., 2017) estima que, del total de profesionales que ejercen en centros públicos, el 75% lo hace a través de entidades privadas sociales o mercantiles.

Este diagnóstico nos permite fundamentar técnicamente que la experiencia laboral acumulada en el sector privado -y no únicamente la generada en la Administración Pública- debe ser computada, evitando perjudicar a los perfiles altamente especializados. Por último, se recomienda incluir la [Acreditación Nacional de Experto/a en Psicología de la Intervención Social](#) del Consejo General de la Psicología, como mérito extraordinario en las bases de empleo público, distinción que avala 400 horas de formación académica y 3.000 horas (o tres años) de trayectoria contrastada en el sector.

Informes técnicos sobre el perfil competencial de profesionales de la Psicología en los dispositivos de naturaleza social

El COPM, tanto de manera proactiva como en respuesta a consultas de diferentes administraciones, ha elaborado diversos informes técnicos con el objetivo de orientar la definición del perfil competencial más idóneo. Estas aportaciones se han centrado específicamente en la Atención Social Primaria de los

Servicios Sociales de la ciudad de Madrid (COPM, 2024), así como en recursos municipales y autonómicos de la red de violencia de género. Estos documentos aportan un marco argumental estratégico para preservar la identidad de la PISoc, estructurándose de manera unificada en torno a tres bloques de referencia.

En primer lugar, se contextualiza la naturaleza jurídica y funcional de los dispositivos dentro del sistema de Servicios Sociales, enmarcándolos en la normativas autonómicas o estatales específicas, tales como la Ley Orgánica de protección integral a la infancia y la adolescencia frente a la violencia o las leyes de violencia de género. Un segundo bloque pormenoriza la definición y objetivos de los servicios, así como las actuaciones específicas de profesionales de la PISoc, aportando criterios técnicos precisos para discernir entre los procesos de valoración, diagnóstico, intervención y emisión de informes, según corresponda al ámbito social o al sanitario. Por último, desde una perspectiva académica, se incorpora una comparativa técnica detallada de las competencias generales, transversales y específicas que se adquieren en el Máster de Psicología General Sanitaria (MPGS) frente al Máster de Psicología de la Intervención Social y Comunitaria. A través de este triple enfoque analítico, el COPM provee una herramienta técnica de referencia que permite a los órganos de contratación fundamentar con rigor sus pliegos de condiciones técnicas y bases de provisión de plazas, protegiendo la especificidad de la PISoc.

Conclusiones

Las Administraciones Públicas muestran una disposición receptiva ante el asesoramiento técnico especializado del COPM, cuyos resultados se reflejan de manera objetiva en la adecuación de las bases de empleo público y de los pliegos de prescripciones técnicas en las licitaciones. Esta interlocución está resultando determinante para contener la tendencia hacia la progresiva sanitización de los recursos sociales en la Comunidad de Madrid. No obstante, cuando las vías de diálogo y negociación resultan insuficientes para salvaguardar el espacio competencial de la PISoc, desde el COPM activamos mecanismos de protección jurídica, que incluyen la interposición de recursos especiales en materia de contratación y la formalización de procedimientos contenciosos-administrativos. La legitimidad de estas actuaciones emana del rigor técnico de sus planteamientos y de nuestro compromiso institucional con una profesión que, por definición, constituye un pilar irrenunciable de las políticas públicas. del sistema de bienestar y del ecosistema de los servicios sociales.

Referencias

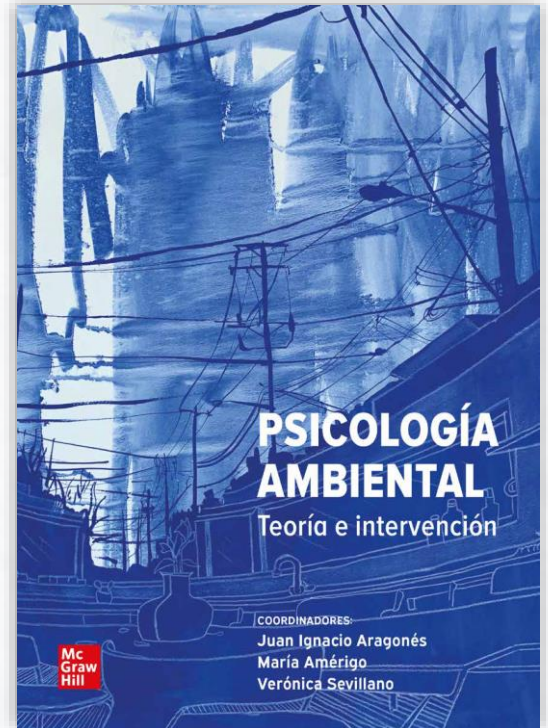
- Colegio Oficial de la Psicología de Madrid. (2024). *Informe Nuevo Modelo de los Servicios Sociales de la ciudad de Madrid: Una propuesta orientativa para la inclusión de profesionales de la Psicología de la intervención social en la Atención Social Primaria*.
- López-Cabanas, M., Cembranos Díaz, F., y Casellas López, L. (2017). *Situación de la Psicología de la Intervención Social (PISoc) en la Comunidad de Madrid*. Colegio Oficial de la Psicología de Madrid.

PSICOLOGÍA AMBIENTAL: TEORÍA E INTERVENCIÓN

Aragónés, J. I., Amérigo, M., y Sevillano, V. (coords.) (2026). *Psicología Ambiental: Teoría e Intervención*. McGraw Hill. ISBN: 978-84-486-4185-6.

Recensión realizada por Francisca Expósito, Universidad de Granada

Psicología ambiental: Teoría e intervención, coordinado por Juan Ignacio Aragónés, María Amérigo y Verónica Sevillano, se convierte en una obra de referencia para comprender mejor la relación entre las personas y el entorno que habitan. A través de 29 capítulos y más de 40 autores, esta obra presenta los fundamentos teóricos del área de conocimiento, mostrando cómo dichos principios pueden aplicarse a la solución de problemas reales. Como defensora de la Psicología de la Intervención Social, uno de los aspectos más destacados e innovadores de la obra es su perfecto equilibrio entre teoría e intervención.



La combinación entre una sólida fundamentación científica con ejemplos prácticos, investigaciones relevantes y propuestas de aplicación e intervención psicosocial convierte la obra en imprescindible para un amplio abanico de lectores, desde los propios estudiantes, a profesores, investigadores, profesionales y gestores. Desde el punto de vista de los contenidos, ocupa un lugar central el estudio de la *percepción ambiental*. Los autores explican cómo las personas interpretan y organizan la información procedente del entorno, y cómo esta percepción influye en emociones, decisiones y comportamientos. No todos los individuos experimentan un mismo espacio de la misma manera; factores como la experiencia previa, las características culturales o las necesidades personales modifican la forma en que un lugar es percibido y valorado. Esto resulta especialmente relevante para comprender por qué determinados espacios generan bienestar, mientras que otros producen incomodidad.

Especialmente interesante es el análisis que se hace *del apego al lugar y la identidad ambiental*. Las personas desarrollan vínculos emocionales con determinados espacios, como el barrio donde crecieron, la vivienda familiar o paisajes naturales. Estos forman parte de la identidad personal y también colectiva, influyendo en el sentimiento de pertenencia y en la calidad de vida. Revisando el texto, no he podido evitar pensar en cómo deben sentirse aquellas personas que han perdido sus hogares, sus barrios o pueblos a consecuencia de un incendio, una inundación, un volcán, o como no, a causa de una guerra o de un proceso migratorio. Si las personas son los lugares que habitan, ¿Cómo se recupera una persona que ha perdido su contexto?

La obra dedica una atención considerable al estudio de los factores ambientales que afectan al bienestar psicológico. Aspectos como el ruido, el hacinamiento, la contaminación, la iluminación, la temperatura o la distribución de los espacios pueden influir significativamente en nuestro rendimiento, en nuestro estado de ánimo y por supuesto, en la salud física y mental. Tanto el bienestar psicológico como la salud mental constituyen hoy día un problema de especial relevancia, que suele ser abordado desde una perspectiva individualista y/o patologicista. En este manual, los autores presentan un nutrido número de investigaciones que demuestran cómo determinadas condiciones ambientales aumentan los niveles de estrés o dificultan la convivencia, mientras que otras favorecen la recuperación psicológica, la concentración y las relaciones sociales. Especialmente interesante resulta el análisis de los llamados *ambientes restauradores*- aquellos espacios naturales o urbanos capaces de reducir la fatiga mental y promover el bienestar emocional.

Uno de los grandes ejes del libro es la *sostenibilidad y el comportamiento proambiental*. La obra aborda factores psicológicos que influyen en la adopción de conductas respetuosas con el medio ambiente, como el reciclaje, el ahorro energético o el uso responsable de los recursos. Los autores explican que la preocupación ambiental no depende únicamente del conocimiento científico, sino también de variables como las actitudes, las normas sociales, los valores personales o incluso, la percepción del riesgo. Esta perspectiva resulta especialmente actual y necesaria, ya que permite comprender por qué, pese a que muchas personas manifiestan preocupación por los problemas ambientales, llegando a experimentar nuevas afecciones como la denominada “*ecoansiedad*”, no siempre traducen esa preocupación en acciones concretas que sean efectivas y eficaces.

A lo largo de la obra se combinan los estudios clásicos con los principales retos actuales relacionados con el cambio climático o la digitalización de los espacios urbanos. Especialmente me ha llamado la atención el capítulo dedicado a la *percepción social de las especies animales*, que me ha hecho reflexionar sobre el tema. No sé si la pandemia fue un punto de inflexión que sentó las bases para un cambio en la forma de vida y de relacionarnos con el entorno, incluido los animales, pero en España, la tendencia ha cambiado en los últimos años y los hogares con mascotas han superado con creces a los hogares con niños y niñas. Entre el 52% y 61% de los hogares españoles conviven con al menos una mascota, lo que se traduce en más de 30 millones de animales de compañía, especialmente los perros (9,5 millones) por encima del número de bebés o niños pequeños. Otros temas relevantes y magníficamente tratados como el *ecofeminismo* y la justicia ambiental, la privacidad en los entornos digitales, los espacios virtuales, e incluso el *estrés térmico* que hemos sufrido todos a causa de las olas de calor que ha afectado a nuestro país, constituye una evidencia de la competencia de la Psicología Ambiental para comprender e intervenir en problemas sociales hoy día.

Desde el punto de vista metodológico, la obra constituye una excelente introducción a la *investigación* en psicología ambiental, algo infrecuente en una obra de estas características. Los autores describen las principales técnicas para estudiar la interacción entre las personas y el entorno, incluyendo observaciones, cuestionarios, experimentos y estudios de campo. Comprender cómo se generan las evidencias científicas que sustentan las intervenciones propuestas y proporcionar herramientas para desarrollar futuras investigaciones, me parece, además de un alto valor académico-científico, un acto sublime de generosidad. Ojalá esta obra no se quede solo en los despachos de los profesores y profesoras, o en las bibliotecas, ojalá también llegue a la mesa de quienes toman decisiones y tienen la responsabilidad de gestionar los recursos, también los relacionados con el medio ambiente.

En conjunto, considero que *Psicología ambiental: Teoría e intervención* es un manual riguroso y de gran utilidad tanto para estudiantes como para profesionales interesados en comprender la relación entre las personas y su entorno. Tras su lectura, resulta difícil volver a observar los espacios cotidianos de la misma manera. Esta capacidad para transformar la forma de interpretar el entorno constituye una de las mayores fortalezas de la obra, que la convierte en un texto de referencia dentro de la psicología ambiental, y de la Psicología Social.

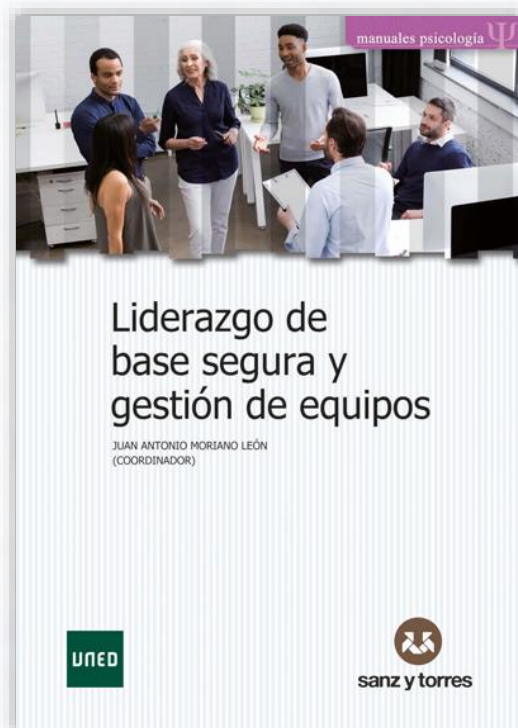
LIDERAZGO DE BASE SEGURA Y GESTIÓN DE EQUIPOS

Moriano León, J. A. (2025). *Liderazgo de base segura y gestión de equipos*. Sanz y Torres. ISBN: 978-84-10409-04-0

Recensión realizada por Ana Laguía, UNED

Hace más de diez años comenzamos a investigar sobre el liderazgo desde la teoría del apego, modelo que hemos denominado “liderazgo de base segura”. Después de mucho tiempo investigando desde otras perspectivas teóricas con otros equipos nacionales e internacionales, nos hemos centrado de lleno en este modelo. Tras el proyecto de I+D “El líder como base segura en el ámbito militar: un análisis multinivel, longitudinal y transcultural” (financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación / Agencia Estatal de Investigación; PID2020-117780GB-I00), diversas publicaciones y más de 40 TFG y TFM en esta línea, lanzamos el [diploma de experto universitario “Liderazgo de base segura y gestión de equipos”](#) con gran éxito, lo que nos ha motivado a ir recogiendo de forma estructurada nuestros resultados en este libro que recién ha visto la luz a finales de 2025.

Impulsado por Juan A. Moriano, Catedrático de la UNED, es una obra en la que hemos participado distintas personas con trayectorias convergentes hacia el liderazgo: Pedro Raúl Montoro Martínez (Profesor Titular del Departamento de Psicología Básica I, UNED), Carlos García-Guiu López (Profesor del Centro Universitario de la Defensa-Academia General Militar, Zaragoza), Fidel Rodríguez Batalla (Dr. Ingeniero en innovación, ex-Viceconsejero de Universidades, Ciencia e Innovación de la Comunidad de Madrid), Alberto Pastor Álvarez (Doctor en Psicología y comandante psicólogo del Ministerio de Defensa), Francisco Javier Fras Manero (responsable de Talento del equipo global de Tecnologías de Información de Nestlé), María del Carmen Navas Jiménez (Psicóloga General Sanitaria,



doctoranda en Ciencias Biomédicas y Salud Pública, UNED/ISCIII/CNS, y beneficiaria de un contrato FPU) y yo misma, Ana Laguía (Profesora Contratada Doctora del Departamento de Psicología Social y de las Organizaciones de la UNED).

El libro se estructura en cuatro secciones principales y doce capítulos, abarcando desde los fundamentos teóricos hasta la aplicación práctica en la gestión de equipos diversos. Cuenta con un prólogo de nuestra querida Gabriela Topa, Catedrática de la UNED e integrante del equipo de investigación del proyecto de I+D “Liderazgo de Base Segura en la Guardia Civil: análisis multimétodo y evaluación de una intervención formativa (LBSGUARDIACIVIL)” (financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades / Agencia Estatal de Investigación; PID2024-160414OB-I00) que hemos iniciado en 2025.

En la “Sección 1. Fundamentos del liderazgo en las organizaciones” se establecen las bases conceptuales, diferenciando entre la dirección y el liderazgo, y presentando el modelo central del libro. En particular, el “Capítulo 1. Conceptos claves, teorías clásicas y modernas de liderazgo: diferenciando el liderazgo positivo del pseudoliderazgo”, escrito por Moriano y Laguía, explora la influencia social y las bases del poder (legítimo, de recompensa, coercitivo, experto, etc.). Analiza la evolución desde la teoría del “gran hombre” y el enfoque conductual hasta las teorías modernas como el liderazgo transformacional y el auténtico, haciendo énfasis en distinguir el liderazgo positivo del “pseudoliderazgo”. El “Capítulo 2. Liderazgo de base segura (LBS): aplicaciones de la teoría del apego para crear relaciones positivas entre líderes y seguidores” (Moriano, Laguía y Navas) es el núcleo teórico de la obra. Aplicando la teoría del apego al contexto organizacional, se define el rol de la persona líder como una figura de apego que provee una “base segura” (para explorar y asumir retos) y un “refugio seguro” (de la que recibir apoyo en momentos de estrés). Se discuten dimensiones como la disponibilidad y el vínculo emocional, y su impacto en la prevención del *burnout*.

En la “Sección 2. Autoliderazgo y gestión personal” el foco se desplaza hacia la propia figura de liderazgo, abordando las competencias psicológicas necesarias para autogestionarse antes de liderar a otras personas. El “Capítulo 3. Inteligencia emocional (IE): conócete a ti mismo para liderar a otros” (Navas, Moriano y Laguía) aborda la neurociencia de las emociones y componentes de la IE como la autoconciencia, la autorregulación y la empatía. Se destaca la sinergia entre una alta inteligencia emocional y el liderazgo de base segura. Por su parte, el “Capítulo

4. Sesgos y errores en la toma de decisiones: cómo esquivar las trampas cognitivas en el liderazgo” (Montoro y Moriano) examina cómo los heurísticos y “trampas cognitivas” pueden afectar el juicio de las personas que ocupan puestos de liderazgo. Se detallan sesgos específicos como el de anclaje, confirmación, pensamiento grupal (*groupthink*) y la falacia de los costes hundidos, proponiendo estrategias como el análisis “premortem” para mitigarlos. En el “Capítulo 5. Gestión del estrés y estrategias de recuperación: claves para el bienestar en el liderazgo” (Navas y Moriano) se analiza el estrés laboral desde modelos como la teoría de conservación de recursos y el modelo esfuerzo-recompensa. El capítulo cubre la sintomatología del estrés (fisiológica, cognitiva, emocional) y estrategias para la recuperación y prevención del síndrome de quemarse en el trabajo (*burnout*).

La “Sección 3. Competencias clave en liderazgo: motivación, comunicación e influencia” trata sobre las habilidades interpersonales necesarias para movilizar a los seguidores y seguidoras. Se inicia con el “Capítulo 6. Estrategias para lograr una motivación intrínseca: cultivando el *work engagement*”, en el que Moriano discute la transición de la motivación extrínseca a la intrínseca basándose en la teoría de la autodeterminación. Se centra en el concepto de *work engagement* (vigor, dedicación y absorción) y cómo fomentarlo satisfaciendo las necesidades básicas de autonomía, relación y competencia. El “Capítulo 7. Comunicación «afectiva» y desarrollo de una visión inspiradora” (Navas y Moriano) explora la importancia de la comunicación verbal y no verbal, y los estilos comunicativos (asertivo vs. agresivo/pasivo). Se enfatizan habilidades como la escucha activa, la validación emocional y el *feedback* para transmitir una visión compartida. El “Capítulo 8. Influencia, persuasión y ética en el liderazgo: más allá de Maquiavelo” (Laguía y Moriano) analiza los principios de influencia social (reciprocidad, coherencia, validación social, simpatía, autoridad y escasez) y subraya la importancia de la ética en la persuasión, diferenciando el liderazgo auténtico de la manipulación.

Por último, la “Sección 4: Estrategias para lograr equipos de alto rendimiento” eleva el análisis al nivel grupal, ofreciendo herramientas para la cohesión y la innovación. El “Capítulo 9. Liderazgo de base segura en la gestión grupal: desarrollo, cohesión y resolución de conflictos” (García-Guiu) aborda la formación de grupos y fenómenos clave como la cohesión y la resolución de conflictos. Examina cómo la persona líder de base segura facilita el desarrollo grupal y maneja el “lado oscuro” de una cohesión excesiva. En el “Capítulo 10. Secretos del *team building*: creando equipos resilientes”, Pastor Álvarez define la construcción de equipos y la resiliencia

organizacional. Presenta factores clave como la confianza y la adaptabilidad, y ofrece ejemplos prácticos de dinámicas de *team building* para contextos presenciales y virtuales, así como en situaciones de crisis. El “Capítulo 11. Fomentando la creatividad y el cambio a través del intraemprendimiento: despertando la innovación desde dentro” (Laguía y Moriano) explora el emprendimiento corporativo, en contraposición al independiente, e introduce el concepto de “*care to dare*” (cuidar para desafiar), mostrando cómo la seguridad psicológica y el liderazgo de base segura fomentan la conducta intraemprendedora. El libro cierra con el “Capítulo 12. Diversidad en los equipos: claves para lograr la inclusión” (Laguía y Moriano), en el que se abordan las barreras de género y los retos de los equipos intergeneracionales, proponiendo herramientas prácticas para fomentar la inclusión.

Este libro se presenta como un manual que combina teoría e investigación reciente con una aplicación práctica directa. Destaca por su enfoque en la seguridad psicológica como pilar para el rendimiento, la salud y la innovación en entornos organizacionales complejos y cambiantes.

Enviar manuscritos para este Boletín a:
boletinnoticias@sceps.es

Edita:

Sociedad Científica Española de Psicología Social

Director:

Álvaro Rodríguez-Carballeira

Director asociado:

Omar Saldaña

Barcelona

ISSN: 2387-0281

